

COSAS TRASPARENTES

Órbita

Miguel Serrano Larraz ha creado el mundo en el transcurso de nueve años. Nueve cuentos

08.05.09 - JOSÉ ANTONIO GARRIGA VELA

LEO 'Órbita' en el cielo. Estoy en el avión que vuela desde Málaga hacia Berlín. El autor del libro, Miguel Serrano Larraz, me cuenta la historia de un muchacho superdotado. Me habla de su soledad e indecisión ante el futuro. La melancólica soledad de la sabiduría. También me presenta al profesor desconocido que escribe artículos dirigidos a ese adolescente solitario y superdotado. El adolescente que un día le escribió una carta en la que entre otras cosas le decía: «Tengo catorce años y no quiero morirme jamás». La historia transcurre en una ciudad desierta y fantasma poblada de habitantes invisibles. Cuando el avión aterriza en el aeropuerto berlinés de Tegel, los pensamientos permanecen en el aire, en la atmósfera del libro que he empezado a leer. El libro que empieza con una cita de los diarios de Franz Kafka: «Tras la ventana está lo peor». El mismo libro que en estos momentos descansa en la mesilla de noche del apartotel Goethe 87. Los buenos relatos nos arrebatan. Nos alejan de la realidad para introducirnos en el misterioso mundo de la ficción.

Me despierto temprano y después de desayunar paseo por Alexander Platz. Sin embargo, mis pensamientos están en otro sitio. La mente anda ocupada con la historia de la reencarnación que he leído esta misma mañana. Un hombre transformado en anuncio luminoso. El hombre de 'Órbita', con el que ayer estuve volando, ha muerto y su corazón continúa latiendo en el misterioso mundo de los objetos. Miro el firmamento sobre las torres de la iglesia de San Nicolás; el ángel custodio; el cielo sobre Berlín. Me estremezco al comprobar que el universo entero, la órbita celeste, guarda una íntima relación. Una armonía cósmica. Una perfecta sincronía. Como la filarmónica de Berlín que anoche estuve escuchando en el auditorio. Igual que los cuentos de Miguel Serrano Larraz convierten en literatura la física, las matemáticas y la experiencia de la vida cotidiana. Un universo verbal que cabe en un libro. Yo he atravesado con él la barrera del sonido. El mundo de las palabras y de los símbolos. Y permanezco quieto, inmóvil y transparente en el vestíbulo del apartotel Goethe 87, como el hombre que se reencarnó en anuncio publicitario. Como el fantasma de aquel cuento de terror que leí hace años: «La mujer que amé se ha convertido en fantasma y yo soy el lugar de las apariciones».

Estoy en Berlín y la literatura obra el milagro de transportarme a otra ciudad que se ha convertido en una metáfora del agua. El agua, el origen del mundo. Calles, plazas y parques que son ríos, lagos, fondos marinos. Días que son barcos: «El viernes y el sábado se sumergen, o se sumergían, como submarinos, de eso no cabe duda. Como submarinos alemanes en la Segunda Guerra Mundial. ¿Y el domingo? ¿Qué pasa con el domingo? ¿El domingo flota o no flota? Queridos amigos, os diré algo: el domingo es un



Torre de televisión en la plaza Alexander. / REUTERS

Estoy en Berlín y la literatura obra el milagro de transportarme a otra ciudad

Ahora sé que conocía a Miguel sin haberlo visto nunca

A medida que voy leyendo los cuentos siento una complicidad con el autor

petrolero a la deriva». Vivo en una casa ambulante. Una casa que a veces navega plácidamente en medio de la calma y otras veces se deja arrastrar por la corriente. Hay circunstancias en las que resulta cómodo dejarse llevar como petroleros a la deriva. Yo guardo una secreta complicidad con el autor del libro que me acompaña en los días de primavera en Berlín. Una ciudad descuartizada que se ha reconstruido como hace la memoria para explicarnos el pasado. Una complicidad que, en ocasiones, se produce entre el escritor y el lector. Dos desconocidos. Como el profesor y el adolescente de 'Órbita'. Ahora sé que conocía a Miguel sin haberlo visto nunca. Al hablar flotamos y al flotar nos perdemos, cuando escribimos nos realizamos.

Hay una frase en este libro de cuentos, publicados por la editorial Candaya, que podría aplicarse a la literatura de su autor, a su voz, a su estilo. Una frase con la que coincido plenamente y que dice así: «El objetivo principal consistía en conseguir que todo resultara lo más natural posible, que nada pareciera forzado». Miguel Serrano Larraz ha creado el mundo en el transcurso de nueve años. Nueve cuentos. Un mundo creado a su imagen y semejanza. 'Órbita' nos desvela los miedos anónimos. Los deseos. Las sorpresas. Los anhelos y las frustraciones. Amores correspondidos y amores contrariados. La importancia del azar. Vidas cruzadas, pequeños detalles, situaciones inquietantes, identidades que se mezclan y confunden como las aguas de esa ciudad del interior que van a dar a la mar. A medida que voy leyendo los cuentos bajo el cielo que cubre los parques de Berlín, siento una complicidad con el autor, una complicidad que no necesita palabras, «porque no es necesario decir nada más. Este paseo me justifica y me define. Ya no me queda nada por hacer aquí».

Mientras regreso a Málaga, flotando sobre las nubes, sucede algo mágico. De repente, el cielo se despeja y vislumbro como en un sueño, abajo en la tierra, la ciudad de Zaragoza. El escenario de 'Órbita'. Veo el reflejo plateado del río, la plaza Mayor, las calles donde viven los protagonistas de este hermoso libro que acabo de leer. Veo los bares. Veo a un hombre, que puede ser Miguel, delante del número nueve de la calle San Vicente de Paúl. Veo los cuentos que he leído en el transcurso del viaje y compruebo que todo era cierto. Es la una en punto del mediodía. La fantasía es real y yo la diviso desde la perspectiva del cielo sobre Zaragoza. La ciudad del libro que reposa en mi regazo. Una ciudad es un mundo cuando se ama a uno de sus habitantes. Ahí se oculta la vida de los otros. Sigo mirando tras la ventanilla del avión hasta que, de nuevo, las nubes vuelven a cubrir el mundo.

[Cuenta NÓMINA de ING DIRECT, VISA GRATIS](#)